



MÁS ALLÁ DE LOS VALLES

Juan R. Grijalba

MÁS ALLÁ DE LOS VALLES



Primera edición: diciembre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan R. Grijalba

ISBN: 978-84-19899-80-4

ISBN digital: 978-84-19899-81-1

Depósito legal: M-35214-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a Do'a.
A quien le debo la vida,
a mi madre.*

Doy gracias a Dios por permitirme terminar esta historia. Y a Yolanda del Carmen, gracias a su entusiasmo después de leer «Más Allá...» nació el sueño por su publicación.

Capítulo 1

La estación de trenes del pueblo, muy animada para una hora tan temprana de esta mañana de domingo del mes de julio, vibra de entusiasmo.

Grupos de curiosos conversan mientras otros muestran su impaciencia caminando de un lado a otro de la acera que separa la línea férrea del pequeño andén.

Aquí y allá se escuchan las voces de vendedores ambulantes anunciando sus productos con la típica entonación de los que se dedican a este tipo de trabajo en cualquier punto del país, para los posibles compradores no faltan ninguno de los dulces caseros de la amplia gama nacional, así como todo tipo de frutas de la zona.

Se observa en el lugar la presencia de hermosas muchachas que exhiben sus vestidos de colores llamativos, unas como acompañantes de alguna señora, y las más utilizando el lugar como plaza para pasear sus bellezas campesinas.

Para un ojo no conocedor el hecho de tanta animación en aquel incómodo lugar donde más que andar libremente los allí reunidos casi tropiezan unos con otros podría ser inexplicable, pero para los lugareños no hay misterio, todos saben que la concurrencia se debe a la llegada a media mañana de la vieja locomotora que arrastra penosamente los vagones que el gran tren ha dejado con su carga humana y bártulos, apenas dos horas atrás en la estación central.

El sol ha comenzado a calentar el día cuando se escucha el sonido que todos esperan impacientes, el potente silbido provoca un movimiento febril entre los presentes, la mayoría se arremolina al borde del andén con los ojos puestos en la dirección por donde ha de aparecer el tren.

Capítulo 2

Mientras el pequeño andén bulle de entusiasmo por la llegada de los pasajeros, a varios kilómetros de allí en un lugar casi mágico por su belleza, un sitio insospechado para cualquiera que no conociera la zona, se alza majestuosa la casona que los Mendoza construyeron para sus descendientes varias generaciones atrás.

Casi totalmente rodeada por una baranda protegida del sol de la tarde en varios puntos por frondosas enredaderas cargadas de flores que trepan más allá del primer piso, la edificación se asienta al este de los grandes valles propiedad de la familia en medio de un vasto jardín.

En uno de estos rincones en penumbras aún por la sombra que proyectan las plantas trepadoras, se encuentra sentado un hombre con la cabeza ligeramente ladeada y la mirada levantada por encima de las copas de los árboles, al fondo del valle sobre los cuales se vislumbra entre la bruma, la cúpula del monasterio de Nuestra Señora de la Caridad.

Al observar detenidamente su rostro, se nota en sus facciones casi perfectas la tristeza que lo invade, lo que acentúa la melancolía de sus ojos.

Rondando los cuarenta años, a pesar de su fuerte complexión, algo desvalido hay en su postura, por su inmovilidad podría tomársele por una figura inanimada, sin embargo, su mente que vaga por las verdes cumbres que limitan Los Valles, recorre un camino sembrado de viejos y terribles recuerdos.

Un rumor de pasos a sus espaldas lo hace volver la cabeza, por una de las puertas-ventanas que dan acceso a la galería ha salido una figura vestida con largas y amplias faldas de vivos colores y blusa que deja ver sus brazos redondos y su cuello fuerte y mórbido, se acerca balanceando suavemente sus amplias caderas trayendo en sus manos una bandeja con el café recién hecho acompañado del jugo de la mañana, su voz de un tono cálido, entrañable, como el que se emplea cuando se le habla a un niño.

—Buenos día', niño, ¿otra ve' soñando depuerto? No e' bueno, hay que dejar el pasa'o donde está, lo recuerdo no sirven de na' —eludiendo el comentario el hombre guarda silencio.

—Aquí tiene el café y el jugo.

—Me malcrías, Panchita.

—Su negra lo quiere mucho, acaso esto' brazos no lo dormían cuando no era ma' que un renacuajito sin carne, u'te' ya no se acuerda, ¿eh?, cuando prefería el pecho de Panchita pa' dormir cuando se sentía maluco al de su madre —la mujer ha bajado la voz al decir las últimas palabras.

—Tú has sido mi ángel guardián, mi fiel Panchita.

—Cuando queremos' a alguien e' así, niño.

—Ya no soy un niño, soy un hombre inútil.

—No diga eso, niño Germán, que me entrítece y ya bastante he llora'o de'de aquella noche.

—Mi buena Panchita, tu buen corazón se inclina por el que no quieren, por el que nunca quisieron.

—No e' verda', no había forma de no quererlo, el niño era el muchachito ma' lindo que nadie había visto nunca, caray, ¡sí señó'!

—Tú eres una persona sin dobleces, hay quienes dicen cosas que no sienten, que hacen otras que no desean y solo lo hacen por deber y a veces obligados por las circunstancias —abriendo los ojos la negra dice con énfasis.

—¡Eso son los hipócritas niño, yo lo sé! El padre Santiago me lo ha dicho, sí señó' pero...

—Pero a veces es difícil descubrirlos, ocultan sus verdaderos sentimientos, muy hondo en sus corazones.

—El niño piensa que naiden lo quiere y no e' verda', la señora Isabel y doña Carmen tiene un carácter duro...

—Doña Carmen me trajo al mundo, pero no vine solo, y su carácter además de fuerte es también angosto, su amor no alcanzó para los dos, ¿lo olvidaste? —la negra trata de aliviar la profunda pena del hombre.

—¿Don Tomá, niño? ¡Él sí que lo quería!

—Él sí y ella procuraba alejarlo de mí, yo sabía que el amor de mi padre le molestaba, nunca entendí esa actitud de mi madre.

—¡Ay, niño! No recuerde esa' cosa', que duelen.

—No, estoy resignado, he aprendido a vivir con ese sentimiento de rechazo, ciertas cosas no pueden ser cambiadas y esta es una de ellas, no podemos obligar a nadie a que nos ame.

—La señora Isabel, ella lo quiere mucho, no diga que no.

—Ella es una buena persona que me tiene lástima por verme atado a esta silla y que me está agradecida supongo, es todo, pero no me quejo, estoy vivo y eso es ya suficiente, mi madre me lo ha repetido muchas veces, debe bastarme con respirar —una profunda arruga surca su entrecejo.

—Mi niño e'ta amarga'o y eso le duele a la negra.

—No te preocupes demasiado por mí, aquella noche me marcó para siempre, todo el desamor de mi madre no me lastimaba como debía pues la tenía a ella y su amor compensaba el que no encontraba en la mujer que me dio el ser, confiaba en aquel amor como en el mío propio —sus facciones se contraen en un rictus de dolor por los recuerdos que lo atormentan—. No, Mapanchita, ya nada ni nadie puede herirme y la razón es simple, aquella noche tu niño Germán murió junto a todo lo que dejó de existir aquella noche —la mujer se persigna.

—Ave María Purísima, niño, no diga eso.

La voz de una mujer a su espalda la hace callar.

Joven aún, de buena figura y porte erguido llega hasta ellos, acercándose a Germán pone una de sus bien cuidadas manos sobre su hombro, él hace un gesto apenas perceptible y ella la retira con suavidad.

—Nunca me ocultas las cartas de Abelardo, ¿hay algo en esta que yo no debería saber? No quiso que asistiéramos a su graduación, no quería perder tiempo en la capital, estaba ansioso por regresar a Los Valles —como si le costara apartar la vista del horizonte, se vuelve, un sentimiento indefinido hay en su mirada.

—Tu hijo regresa hoy, a fin de cuentas, tienes derecho a saberlo, no dije nada pues me lo pidió, quiere sorprenderlos cabalgando solo hasta la hacienda, esa fue la causa...

Es interrumpido por la voz fuerte y seca de una mujer que ha llegado sin que ninguno se percatara, alta, delgada, de rostro severo; cabellos aún oscuros y porte altivo, toda vestida de gris hace que las dos mujeres se sobrecojan, la sonrisa de Panchita se petrifica y por el rostro de Isabel pasa una sombra de disgusto.

—¡En mi vida he oído semejante tontería! ¡Mi nieto llega después de tantos años y yo sin saber nada!, ¡absurdo! ¡De quién ha sido la idea! —por unos momentos permanece en silencio en espera de una respuesta, es su hijo quien se dirige a ella y en su voz hay hastío.

—Usted no debió haberlo escuchado todo, madre, fue él quien me pidió mantener su llegada en secreto, quería darles la sorpresa.

—¿Quién desea ese tipo de sorpresa? ¡Aquí no hay nada preparado!

—Fue su idea cabalgar hasta aquí, me parece bien que...

Tajante corta el comentario.

—A ti, Isabel, cualquier cosa siempre te ha parecido bien —su voz ha adquirido un matiz irónico que no puede ocultar. —Olvidan que es mi nieto y un Mendoza del Río nunca llegará a esta casa como un peregrino, ¡no lo permitiré! —volviéndose hacia Panchita, que se ha replegado contra la pared, indecisa si marcharse o no, con intención de darle alguna orden, pero la voz del hijo la detiene.

—Es usted quien olvida ciertas cosas esenciales en este asunto, primero, Abelardo no es un niño y tiene derecho a tomar decisiones, segundo, es nuestro hijo y queremos que se respete su decisión —una expresión burlesca aparece en el rostro de la mujer—. Olvida además que su nieto no es Del Río sino Vargas —su excitación se percibe en los puños que ha cerrado con fuerza mientras mira a Isabel.

—¡No he olvidado que Abelardo es hijo de quien es! Y que por sus venas corre sangre de los Vargas, pero es mi nieto, y no llegará al pueblo sin que haya nadie de la familia para recibirlo. —¡Panchita! —grita como si esta no estuviera a escasos pasos de ella, sobresaltada la sirvienta responde:

—Sí, doña Carmen.

—Dile a José que prepare el viejo coche y que le ponga dos buenos caballos —la sirvienta comienza a moverse cuando la voz de Germán la detiene.

—Mapanchita, ve a tus quehaceres, Abelardo ya está en camino, al amanecer le envíe un caballo con Tomasito.

Congestionada de rabia mira al hombre, descontrolada avanza un paso, la fuerte emoción le nubla la visión, por un momento pierde el equilibrio, instintivamente Isabel apoya sus manos sobre los hombros del hombre como si quisiera protegerlo, Panchita retrocede impresionada ante la actitud de la patrona que los envuelve en una mirada de desprecio, en silencio se vuelve, alejándose rápidamente hacia el interior de la casa.

Capítulo 3

El arribo del tren ha causado la conmoción que producen todos los trenes del mundo al llegar a su destino, la multitud se agitó para luego desbordarse por todo el andén, cada quien buscando el rostro de la persona que espera, mientras los curiosos se mantienen un tanto alejados, contentándose con mirar indiferentes a los que descienden de los vagones.

Al primer grupo pertenece un muchachito de unos doce o trece años que se mueve rápidamente de la puerta de un vagón a otro con la agilidad que le dan sus años, buscando a alguien que no acaba de encontrar, se le observa preocupado como si temiera no poder localizar a quien busca.

Al segundo grupo, a los que están allí por el placer de curiosear forma parte una negra de amplias caderas y generoso busto vestida al estilo de las de su raza, sus brazos y cuellos aparecen adornados con varias pulseras y collares plateados, lleva el cabello cubierto por un turbante que solo deja ver el lóbulo de las orejas en los que se destacan dos grandes argollas del mismo color, su amplio rostro brilla por el calor reinante de la mañana aumentado por la aglomeración de las personas en el lugar, colgada de su brazo lleva una pequeña canasta cubierta por una pieza de lienzo blanco, pero al observarla se nota que no se trata de una vendedora, tiene el porte orgulloso de los negros que no tienen que recorrer las calles para ganarse el pan, distraídamente se lleva a la boca los maníes que saca de un cucurucho recién comprado, da la impresión de andar de paso, solo detenida allí por la llegada de los viajeros de la capital, sus grandes ojos negros miran indiferentes a los que llegan sin prestarle demasiado interés a ninguno.

Entretanto el niño se ha detenido, cansado al parecer de ir de un lado a otro o tal vez temeroso que mientras lo hace la persona pueda bajar y desaparecer sin que él pueda verla, se ha separado un tanto del grupo que recibe a amigos y familiares, procurando no estorbar en la manipulación de sus equipajes, pero no demasiado como para perder de vista a los que bajan, de pronto su cara se ilumina, sus ojos se detienen en un hombre que acaba de pisar el andén con ambas manos ocupadas con sendas maletas y que poco a poco se abre paso

entre la multitud, deteniéndose deja el equipaje en el suelo, levanta la vista y recorre con ella toda la estación, buscando algún rostro conocido, cosa que al parecer no encuentra.

Observado de cerca debe tener algo más de veinte años, alto, de cuerpo vigoroso, los cabellos castaños enmarcan una frente amplia, la mirada clara sin llegar a ser verde, sus ojos se vuelven a su equipaje, al parecer con la intención de tomarlo y salir del lugar.

El muchachito que ha estado observándolo indeciso no espera más y se encamina hacia él que ha comenzado a andar y se le para al frente impidiéndole el paso, bajando la vista mira al niño que con un gran sombrero de yarey en sus manos lo mira sin decir nada por timidez o por el natural temor de hablar con un extraño, el viajero le sonrío y deja ver una dentadura blanca y pareja

—¿Deseas ayudarme con esto? —dice señalando una de las maletas que ha dejado en el suelo, la voz afable y armoniosa del hombre le da la confianza necesaria para preguntar.

—Perdone señor, ¿es usted el niño Abelardo? —Tomasito lo mira expectante, temiendo haberse equivocado, lanza una mirada rápida a los últimos pasajeros que descienden del tren y al andén que comienza a despejarse, viendo la ansiedad retratada en el rostro del rapaz, pregunta con una sonrisa maliciosa en sus labios.

—¿Qué te hace pensar que soy ese niño Abelardo que buscas? —mirándolo como si estudiara sus facciones dice.

—Usted se parece a nuestro patrón, el señor Germán —el niño asegura con la cabeza—. Pero hay mucha gente que se parece —y la duda vuelve aparecer en su cara.

—¿Es cierto eso, que me parezco a mi padre? —el niño sonrío al comprobar que no se ha equivocado.

—¡Sí, señor! ¡Y mucho! —y vuelve a reafirmar sus palabras con el movimiento afirmativo de su cabeza.

—Conque finalmente me han enviado a buscar y con el trabajador más pequeño de Los Valles, ¿cómo te llamas? —todo esto dicho en tono de broma hace que el niño ría, pero de pronto recordando algo.

—Niño, nadie sabe na?, el señor Germán me dijo que nadie debía saberlo, que era una sorpresa —al decirlo abre los ojos como para dar mayor énfasis a sus palabras, a la vez que asiente con la cabeza, la expresión de seriedad en el pequeño mensajero divierte al Mendoza que le palmea el hombro.

—Vamos a ver, ¿cómo me llevarás hasta la hacienda? ¿Caminando?

—¡No, no!, niño Abelardo, para usted he traído el mejor caballo de Los Valles —y su cara vuelve a adquirir la expresión de asombro que tanto divierte al joven, de pronto cambiando el tono de voz.

—¡Ah!, niño, me llamo Tomasito.

—Conque te llamas Tomás, como el abuelo, ¿y cómo piensa Tomasito regresar a la hacienda?

—Pa' mí traje una yegua vieja.

Mientras sostienen este diálogo unos ojos negros observan al recién llegado llenos de asombro, casi en contra de su voluntad la dueña de aquella mirada va acercándose a ellos que enfrascados en su conversación no se percatan de la proximidad de la mujer hasta que escuchan su voz excitada muy cerca de ellos.

—¡Bendito sea Dio'! ¡Niño Germán, e'ta u'te' sanito! ¡Bendita sea la Virgen! —el joven levanta la cabeza para enfrentarse al negro rostro que lo mira boquiabierto, pero tras unos segundos menea la cabeza—. No, no, u'te' no e' el niño Germán..., u'te'...

—Me confunde con mi padre, buena mujer —la negra abre aún más sus ojos.

—¿Su padre? ¿El niño Germán? ¡Alabao sea Dio'! ¡Qué bruta soy, claro, u'te' debe ser el niño Abelardo!...

—¿Usted conoce a mi familia? —como si de pronto quisiera cortar la conversación dice de forma evasiva.

—Claro, ¿quién no conoce a lo' Mendoza en e'ta zona? —sin decir más comienza a retirarse cuando la voz de unos de los vendedores la clava en el sitio.

—¡Concha Mendoza! ¡Caray! ¡Dichosos los ojos que le ven mujer! ¡Cuánto tiempo sin verla! —ella se ha vuelto rápida con la intención de hacerlo callar, pero el hombre habla incontinentemente, la negra hace un gesto de impaciencia.

—¡Calla esa boca, hombre de Dios! —mientras que dirige una mirada rápida al joven que intrigado observa la extraña reacción de la mujer, por su parte el vendedor sorprendido por la actitud de la negra.

—Es Jacinto, tu viejo amigo —el hombre apenas tiene tiempo de terminar la frase.

—E'toy de paso y no tengo tiempo pa' cháchara —dando media vuelta se aleja entre los últimos grupos que abandonan el andén, encogiéndose de hombros el vendedor llamado Jacinto la ve partir y él mismo comienza a andar rumbo a la calle mayor.

Impactado por el abrupto cambio de actitud de la mujer que momentos antes lo interpelara confundiénolo con su padre dice para sí.

—¿Concha Mendoza? Qué extraño.

—No le haga caso niño Abelardo, debe estar... —y Tomasito lleva su dedo índice a una de sus sienes, con lo que quiere decir que la mujer no está bien de la cabeza.

—Vamos donde los caballos —tras haber andado un trecho, Tomasito se detiene con el rostro sudoroso.

—¿Sabe, niño? Esa mujer me recuerda a alguien.

—Es como me dijiste, mucha gente se parece.—¡Vaya por Dios! Pero si es la vieja Rosalinda —acercándose le palmea la grupa.

—Sí, niño, es ella, dice mi papá que es un animal noble, el patrón ya no la hace trabajar, es la niña de la cuadra, dice mi viejo que se lo merece por haberle da'o tan buenos caballos a Los Valles.

—Eso está bien, se deben recompensar a los que nos son fieles. ¿Y tú qué crees? —el niño lo mira como si no comprendiera del todo, pero afirma con la cabeza.—¿Te importaría que me adelantara? Tengo ganas de echar una buena cabalgada hasta Los Valles, tomaré por la vereda del río.

—Claro que no, de todas maneras, Rosalinda no podría seguir el paso de su caballo y cargá' así, menos —acercándose le alborota el pelo.

—Nos veremos en la hacienda —con agilidad salta a la montura, rozando los ijares del animal, agita la mano en dirección al niño que se queda mirando como el jinete y el caballo comienzan a alejarse, luego, subiendo a la yegua le palmea el cuello y como si pudiera entenderlo.

—Vamos, vieja, derecho a Los Valles.

Capítulo 4

Tomando por el antiguo camino que conecta la hacienda con el pueblo, conocido como la vereda del río, Abelardo pone el caballo al paso mientras acostumbra al animal a su peso y forma de montar, transcurrido un tiempo prudencial espolea suavemente al bruto que toma un galope moderado que le permite admirar la belleza del lugar, recuerda como muchos años atrás hiciera el mismo recorrido en compañía del abuelo y el viejo capataz de la hacienda, por su mente pasan escenas de la época que lo hacen sonreír.

¿Cómo estará su padre? Su rostro se ensombrece al recordar al hombre atado a aquella silla de ruedas que tanto odia. ¿Y el viejo Tom? Como llamaba al viejo mayoral por aquella obra que le leyera su padre cuando era un niño, ¿vivirá el viejo aún? ¿Quién sabe? Las noticias que le llegaban a la capital solo eran de puro interés financiero, para su abuela sus trabajadores eran poco más que ganado y su madre solo se interesaba por darle noticias de ella y su padre, siempre muy escuetamente y cuando Germán escribía lo cual ocurría solo de vez en cuando era para aconsejarlo sobre los estudios y la importancia de asentarse en la capital como abogado, siempre alejándolo de cualquier interés por la tierra, cosa que él no comprendía pues había sido ella quien le había dado a la familia el poder que ostentaba en la provincia y no poca influencia en la capital, siendo él, el único heredero no alcanzaba a entender la actitud de su padre de alejarlo de Los Valles, por lo que trataba que sus cartas no reflejaran el llamado de aquella tierra que corre por su sangre como a todo buen Mendoza.

El sendero por el que pasa fue en su tiempo un terraplén preparado para el tránsito de carretas tiradas por bueyes y caballos hoy en desuso pues la hacienda cuenta con vehículos motorizados que se encargan de transportar las cosechas a los distintos puntos de distribución y almacenaje, por lo que esta vía ha quedado totalmente abandonada, de modo que la exuberante vegetación circundante ha invadido gran parte del hasta convertirlo en una vereda flanqueada por una muralla verde de altos árboles, arbustos y hierbas, innumerables plantas trepadoras toman como soporte los viejos árboles para extender y elevar sus

sarmentosas ramas, muchas de ellas cargadas de flores, donde cientos de abejas, mariposas y zunzunes liban el néctar silvestre produciendo un zumbido sordo que se mezcla con el trino y canto de las aves en la floresta, mientras que palomas y tojosas levantan el vuelo a su paso.

A pesar de que el sol, bastante alto a esta hora de la mañana, la senda, producto de las sombras que proyectan los árboles, mantiene la frescura de las primeras horas del día en el campo, esa mezcla indescriptible del aroma de las frutas y flores silvestres con el sano olor de la tierra húmeda y fértil.

Abelardo ha puesto de nuevo el caballo al paso, respirando a pleno pulmón el aire de su niñez, disfruta de aquel entorno que despierta en él, recuerdos dormidos hasta hoy. Ante sí el camino describe una amplia curva que según recuerda se inclina hacia la izquierda desembocando en un amplio claro, producto de la tala de algunos árboles utilizados en la construcción de un puente rústico y más allá el río, donde ha pasado mañanas enteras dedicado a la pesca de camarones, biajacas y cualquier habitante del río que tuviera a bien morder la carnada, aguijoneado por los recuerdos lanza el caballo a galope tendido, tomando la curva que desciende abruptamente hasta la hondonada a gran velocidad, ya está a punto de divisar el río, cuando lo que parece ser un animal cruza el camino torpemente ante las mismas narices del caballo que ante el inesperado impedimento trata por sí mismo de detenerse, pues el joven apenas ha tenido tiempo de reaccionar y tirar de las bridas oportunamente, cuando lo hace, solo consigue que el animal asustado se alce sobre sus patas traseras, a punto está Abelardo de rodar por tierra, manteniéndose sobre la silla solo gracias a su pericia como jinete, cuando logra tranquilizar al bruto retrocede hasta donde ocurriera el incidente, desde la altura de su montura puede ver lo que cree un animal herido, tendido a escasos metros de la vereda entre unos matorrales, por unos momentos observa detenidamente el bulto entre las altas hierbas, sorprendido se percata de que se trata de una persona, cubierto por una capa que en otro tiempo debió tener un color determinado, de un salto el muchacho baja del caballo, con el corazón angustiado pues está seguro de haber golpeado en su loca carrera a aquel infeliz, lentamente se acerca al cuerpo inerte, ya está a su lado cuando un movimiento bajo la capa lo hace detener, el hombre, pues efectivamente lo es, se descubre y se vuelve hacia él, una cabeza coronada por una larga cabellera hirsuta, el rostro enjuto, enmarcado por una barba enmarañada, casi blanca, donde dos ojos lo miran atemorizados.

Abelardo, todavía con el temor de haber golpeado al viejo, comienza a tranquilizarse cuando el rostro del anciano que no ha dejado de observarlo se transforma en una máscara, sus ojos reflejan el gran temor que siente y de pronto exclama.

—¡El niño Gerardo! ¡El asesino! ¡No me mate, niño, no! —a rastras retrocede, siempre de frente al joven que lo mira estupefacto sin comprender qué ocurre, mientras el hombre continúa lanzando incoherencias—. ¡Váyase! ¡Usted está muerto! Aquella noche. ¡No me mate! ¡No! ¡Yo no tuve la culpa! —su voz, quebrada por el miedo, se convierte ahora en un quejido inhumado para culpar a aquel con quien evidentemente confunde al joven—. ¡Fue usted! ¡Usted es malo! ¡Malo! —como si sus emociones cambiaran a impulsos de alguna motivación interna su voz es ahora retadora—. ¡Venga, máteme como hizo con todos! —los ojos del pobre loco se llenan de lágrimas que comienzan a correr por sus mejillas surcadas de arrugas, de momento parece olvidarse de la presencia de Abelardo y queda absorto, para verlo mejor el joven da un paso hacia él, cuando el anciano parece regresar, fijando su mirada perdida en el joven—. ¡Viniste del más allá! ¡Llévame contigo! Ya a Antonio no le importa na’.

Parado ante él, Abelardo lo mira con un nuevo interés, como si tratara de recordar, ¿aquel nombre? Algo hay en el pobre indigente que le resulta familiar.

—¿Antonio? ¿Antonio Rojas? —al oír su nombre la mente del viejo parece despejarse por unos momentos.

—Antonio se quiere ir ya, Antonio no tiene na’, ni casa, ni trabajo, ni hijo, ni na’ —agachándose para estar a la altura del rostro del anciano pregunta.

—¿Antonio? ¿Eres tú? ¿El capataz de Los Valles? —tanto su rostro como su voz reflejan el asombro que lo embarga.

—Los Valles, me echaron, ella no me quiere, yo sé cosas, tenía miedo —la sonrisa vuelve a sus delgados labios.—Tenía miedo que Antonio hablara, él era mi amigo, Antonio nunca dijo na’, la bruja me echó y Antonio se quedó sin na’, sin na’ —su cabeza se mueve de un lado a otro.

—Antonio, soy yo, el hijo de Germán, ¿recuerdas? Abelardo...

Ahora el rostro del anciano parece iluminarse por algún recuerdo, mirándolo con la vista perdida en el pasado.

—El niño Abelardo, la bruja se lo llevó, lo alejó de aquí, nos lo quitó, era como su abuelo, su padre no, el niño bueno, no se parecía al padre —desconcertado por las últimas palabras del viejo mayoral.

—¿Por qué estás en este estado? ¿Por qué no estás en Los Valles, en tu casa? ¿Qué te ha pasado, viejo? —hace una pausa con la esperanza de que su voz traspase la bruma que envuelve la mente del amigo, pero al ver que no reacciona insiste—. ¡Antonio!, mírame, viejo, ¡regresé! ¡Soy Abelardo! —apoyando una rodilla en tierra su rostro queda a la altura de la mirada perdida del hombre que lentamente desvía sus ojos para fijarlos en el joven.

—Tú tienes la mirada buena, no eres el diablo, ¡él no! ¡Era malo, malo! ¡Vete!

¡Vete, niño! Los Valles ya no son buenos, ¡hay peligro! El diablo anda cerca, el fantasma llora allá en el abra —susurrante—. ¡Regrese, niño! ¡Aléjese del abra! ¡Más allá de Los Valles hay una trampa! No cruce los cerros, ¡no lo haga! —comprobando que es inútil, el viejo capataz de la hacienda está totalmente perturbado se incorpora pensando en marcharse, pero su buen corazón le impide alejarse y dejarlo abandonado en medio de la nada.

—Vamos, Antonio, te llevaré hasta la casa quiero asegurarme que estarás bien —él levanta la cabeza, su mirada ha ido más allá del joven y de pronto lanza un grito como si hubiera visto al mismísimo diablo en persona.

—¡La bruja, niño! ¡Cuida'lo! ¡Viene a matarme! —sorprendido, siguiendo la dirección de la mirada de Antonio, Abelardo se vuelve para ver detenida en medio del camino una figura de gris mirando con severidad la escena, es doña Carmen quien como es su costumbre, no ha respetado la opinión de nadie y ha ido en busca de su nieto, sus ojos de águila se clavan en el anciano que ha ido retrocediendo hasta desaparecer entre la vegetación.

Reconociendo a la mujer el joven va a su encuentro cuando un grito de advertencia lo hace volverse.

—¡Huye, niño! ¡La bruja es mala, te matará! —Antonio ha regresado sobre sus pasos, en su mente perdida queda aún un espacio para la fidelidad, dicho esto vuelve a desaparecer en el bosque con una agilidad insospechada.

—Pobre Antonio, está totalmente trastornado, no creo que me haya reconocido del todo —repuesta del disgusto que le ha causado ver al joven hablando con el antiguo capataz responde.

—Solo esta mañana supe que llegabas, Germán se lo había llamado, enviándote un caballo ¡una idea absurda! —la mujer no puede evitar un gesto desdeñoso al referirse al hijo.

—No fue idea suya, yo le pedí que mantuviera mi llegada en secreto, ya no soy el niño que enviaste a la capital, soy un hombre abuela.

—Claro, has crecido, pero eres un Mendoza, hijo, no debías haber llegado al pueblo sin que nadie te esperara, como si fueras un pobre diablo —condescendiente con la mujer a quien ve ya entrada en años, sonrío.

—No estuve solo, Tomasito me esperaba.

—¡Bah!, ese mocoso corre caminos.

—Vi el caballo pastando, me alarmé y caminé hasta aquí para verte hablando con ese viejo loco, ¿cómo lo encontraste?

—Estuve a punto de atropellarlo, al principio pensé que lo había matado —lanzando una mirada aguda por donde ha desaparecido Antonio se vuelve y comienza a andar hacia donde ha dejado el coche.

—Hubiera sido mejor, pobre loco infeliz —hay un desprecio total en su voz que toma al nieto por sorpresa, viéndola alejarse dice con incredulidad.

—¿Cómo puedes decir eso? Es un ser humano, el mejor amigo del abuelo, todavía no sé qué ha pasado con él y como papá permite que Antonio esté en esas condiciones de total indigencia —deteniéndose, se vuelve hacia el joven que camina tras ella.

—No hay forma de controlar a alguien que ha perdido la razón, ya es bastante que se le permita vivir en estas tierras, ¿no te parece? —molesto ante la dureza de la mujer riposta.

—Antonio Rojas no era un peón cualquiera, era casi un miembro de la familia y tú lo sabes mejor que yo, era como un hermano para el abuelo, eso siempre dijo mi padre —como si no hubiera estado prestando atención pregunta.

—¿Tu padre? ¡Ah, sí! Siempre las fantasías de Germán, era el mayoral, hijo, ¡nada más! —dando por terminada la conversación sube al coche.

—Vamos ya, aún queda un buen trecho hasta la casa y el sol ya calienta.
El nieto cabalga a su lado con el rostro contraído.

Capítulo 5

La casona de los Mendoza generalmente en silencio donde cada persona sabe que hacer a cada momento del día, pues doña Carmen mantiene una férrea disciplina entre el personal de servicio, ha cobrado vida al saberse la noticia que el heredero de los Mendoza está por llegar.

Panchita, enviada por Isabel para comprobar si todo está en orden para la llegada de su hijo, se ha hecho acompañar por varias muchachas, mientras unas chequean junto a ella la habitación que el joven dejara años atrás, otras sacan el polvo inexistente del resto de la casa.

En la cocina, la vieja sirvienta de Germán ayuda a Carmela, una campesina entrada en carnes, de mediana edad y tan limpia como un paño acabado de sacar de la batea, encargada de dar de comer a la familia, en silencio trabaja una al lado de la otra cuando la voz de Isabel, hermosa como ella misma pregunta a sus espaldas.

—Me pregunto si se sentirá a gusto entre nosotros, después tanto tiempo en la capital, a lo mejor le parecemos poco interesantes.

—El niño Abelardo estará muy contento de regresar, yo lo sé, recuerdo que no quería irse, aquel día no lo olvidaré nunca, señora Isabel, desde que vi sus ojos llorosos no lo he vuelto a ver, pero el niño no ha cambia'ó, eso lo sé —sin dejar de mover el cuchillo sobre las viandas que pela—. Usted perdone, señora, pero ¡a mí nadie me hubiera aparta'ó de un hijo mío! —y como para dar mayor énfasis a sus palabras mueve la cabeza a un lado y otro—. ¡Nada ni nadie, no, señor! Desde que el niño se fue esta casa ha sido otra, desde que él no está todos parecen fantasmas, esa es la verdad —al escuchar las últimas palabras de la cocinera Panchita se persigna y la mira con reproche, pero esta continúa con su labor como si nada hubiera dicho.

El rostro de Isabel se ha tornado serio y sus hermosos ojos tienen una humedad sospechosa, notándolo la negra increpa a su amiga.

—¡Ve lo que consiguió tu lengua, Carmela!

—No, Panchita, está bien, si lo peor es que tiene razón, apenas hice nada para evitarlo, en aquella época doña Carmen... —hace una pausa como si le

costara un gran esfuerzo traer al presente aquellos recuerdos, cosa que aprovecha Panchita para decir con rapidez.

—Niña Isabel, es cosa del pasa'ó, ya su hijo está de vuelta, tiene que estar alegre pa' que él la vea feliz —dicho esto, le echa una mirada cargada de intención a Carmela, quien ahora mira apenada a la mujer.

—Panchita tiene razón, señora, perdóneme.

—No debo pensar más en el pasado, solo quiero ver llegar a mi hijo —va a dar media vuelta cuando la puerta que da al patio se abre y la cara de Tomasito aparece por ella, las mujeres lo miran sorprendidas y casi al unísono preguntan.

—¿Ya llegaron?

—Pues, yo acabo de llegar.

—¿Y mi hijo, no llegó contigo?

—No, señora, el niño Abelardo quería cabalgar solo, se adelantó, por eso pensé que había llega'ó —y como si adivinara la pregunta—. Yo vine por el camino nuevo, no quise venir solo por la vereca del río —y abre sus ojos en gesto característico—. No quería encontrarme con Toño el loco —mira a las mujeres buscando su aprobación pues no está seguro de haber cometido alguna falta.

—No se preocupe, señora, debe haberse entretenido en la vereda, es un sitio muy bonito, además su abuela debe haberlo encontrado y el coche no puede andar muy rápido.

—Carmela tiene razón, niña, pero de to's modo' debe estar al llegar, mejor no' apuramos con el almuerzo. —Contrariada al pensar que su suegra sin respetar la disposición de ella y Germán ha ido al encuentro de su hijo.

—Mejor regreso a la baranda, allí lo esperaré.

—¡Pobre mujer! Ni madre, ni esposa y para colmo de males una bruja por suegra. Carmela ha hablado para sí, pero el fino oído de Panchita la ha escuchado y hace con la boca el siseo característico cuando queremos que alguien calle, asustada la cocinera se vuelve pensando que ha sido escuchada.

—¡Cállese! ¡Hay moros en la costa! —Carmela busca con la mirada para descubrir a Tomasito a un lado de la puerta con aires de no haber escuchado nada.

—¿Que hace ahí todavía?

—Tengo hambre, abuela.

—¡Ah! Tiene hambre. ¿Y por qué no se ha ido pa' su casa?

—Es que sabía que harías algo sabroso pa'l niño, Abelardo, por eso —los ojos del niño son un poema, Panchita con los brazos en jarra lo mira divertida.

—Habrase visto muchacho ma' descara'ó. Anda Carmela, dale algo de comer, yo le llevaré el jugo al niño Germán y veré si necesita algo más.

Al salir a la baranda Panchita se detiene, observando las dos figuras vueltas de espaldas a ella, apoyada en la baranda el hermoso cuerpo de la mujer, delineado por el vestido que lleva, está muy cerca del hombre en la silla, sin embargo, la actitud indiferente y fría de este, habla del abismo que los separa.

—Aquí está el jugo que la señora Isabel le mandó preparar —Germán toma el vaso que la sirvienta le tiende y mira a Isabel y en sus ojos hay ternura.

—Gracias. —La mujer le acaricia un hombro y él se estremece imperceptiblemente, ella la retira como hace cada vez que siente lo que interpreta como un rechazo y vuelve a fijar sus ojos a lo lejos, de pronto extiende un brazo para al final decir.

—¡Nuestro hijo, Germán! ¡Abelardo está llegando! —efectivamente, cabalgando al lado del coche que guía su abuela, Abelardo se acerca a la casona de sus abuelos.

Con una gran sonrisa en el rostro el joven desciende del caballo y abraza a su madre que se ha adelantado, desprendiéndose del abrazo, salva de dos saltos los escalones que lo separan de su padre, la efusividad del muchacho queda trunca, Germán le tiende la mano.

—Un abrazo, viejo, ¡tantos años sin verte! —esta vez el hombre no puede evitar el abrazo del joven. Panchita e Isabel los miran emocionadas hasta las lágrimas, solo los ojos de doña Carmen permanecen secos y duros, pero nadie parece reparar en ella.

Aun en contra de su voluntad Germán está emocionado, tomándolo por los hombros dice.

—Seas bienvenido, muchacho, estoy feliz de volver a verte —avanzando un paso para hacer notar su presencia, la dueña de Los Valles deja oír su voz áspera y seca.

—¡Basta ya de sentimentalismos, Abelardo! ¡Compórtate como lo que eres! —volviéndose a ella pregunta extrañado.

—¿Y qué es lo que soy según tú, abuela? —levantando la cabeza ya de por sí erguida.

—¡Un Mendoza! ¡Eso eres!

—¿Y cuál es tu idea de cómo debe comportarse un Mendoza?

—¡Con dignidad, con orgullo!

—¿Ves algo indigno en que un hijo salude a su padre después de años sin verlo? Él también es un Mendoza —mientras habla se ha situado al lado del hombre, apoyando una de sus manos en el hombro del invalido, pero la mujer no lo mira, sus ojos se cruzan con los de su hijo que le sostiene la mirada, el

desdén que ve en los ojos de la abuela hace que interrogue a su madre en silencio, logrando dominar su rabia al ver como el joven se pone abiertamente de parte de su padre.

—Será mejor que subas a tu cuarto, para que tomes un baño y te mudes de ropa, así podrás descansar antes de bajar al comedor —Panchita que se ha retirado un tanto.

—Sus cosa' ya están en su cuarto, niño —como si no la hubiera visto hasta entonces.

—¿Eres tú, Panchita? —y el rostro se le ilumina por los recuerdos, la sirvienta siempre estaba atenta a sus deseos y caprichos, no ha olvidado como lo protegía de la férrea disciplina de la abuela, mirándola sonriente recuerda cómo podía contar con su silencio para escaparse hasta el río o cabalgar solo hasta sitios donde no le estaba permitido por la severa mujer que pasando por encima de sus padres, permitía o prohibía, concedía o negaba, era ella y no Germán o Isabel quien se encargaba de educarlo, por lo que sabía que era de ella y no de sus padres de quien debía cuidarse a la hora de cometer alguna travesura y para eso contaba con la ayuda de la negra criada que se exponía a la furia de la abuela con tal de protegerlo, por lo que él no abusaba de aquella fidelidad que le profesaba, solo comparada con la que él sabía ella sentía por su padre, entre asombrada y regocijada la vieja Panchita recibe el abrazo del joven que la mira sonriente.

—¡No has cambiado nada! —secándose las lágrimas que ruedan por sus mejillas de ébano.

—Sí he cambia'o, niño, lo que pasa e' que u'te' no quiere verlo, ya... —Panchita no puede terminar la frase.

—Abelardo, ¡es demasiado! Ella no es más que una sirvienta y como tal debes tratarla —el joven se vuelve hacia ella con intención de responder, pero ella no le da oportunidad, dando media vuelta dice ya de espaldas.

—Te veré a la hora del almuerzo, ya hablaremos —al desaparecer por una de las puertas-ventanas la patrona de Los Valles deja tras de sí un silencio embarazoso que rompe Isabel.

—Será mejor que vayas a tu cuarto, más tarde hablaremos, después del almuerzo, ¿está bien?

—Me parece bien mamá, tengo mucho que hablar con los dos.

Al quedar a solas, una expresión de preocupación aparece en sus rostros.